

GOMÁ, Javier, Carlos GARCÍA GUAL y David HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, *El estoicismo romano. Séneca, Epicteto, Marco Aurelio*, Barcelona, Arpa & Alfil Editores, 2024, 176 págs., ISBN: 978-84-19558-60-2.

Hugo Francisco BAUZÁ  
<https://orcid.org/0000-0002-1187-7276>  
Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, Argentina  
[hfbauza@yahoo.com.ar](mailto:hfbauza@yahoo.com.ar)

PALABRAS CLAVE: Stoa, estoicismo, ataraxia, filosofía, virtud

KEYWORDS: Stoa, Stoicism, Ataraxy, Philosophy, Virtue

RECIBIDO: 04/11/2025 • ACEPTADO: 18/11/2025 • VERSIÓN FINAL: 04/12/2025

El presente libro reúne tres conferencias pertenecientes al ciclo “El estoicismo romano”, pronunciadas en la sede madrileña de la Fundación Juan March, en octubre de 2023. La primera, “Séneca” (pp. 9-76), corresponde a Javier Gomá, Presidente de la Fundación Juan March; la segunda, “Epicteto” (pp. 77-111), a Carlos García Gual, destacado helenista, hoy miembro de la Real Academia Española; la tercera, “Marco Aurelio” (pp. 113-165), a David Hernández de la Fuente, catedrático de Filología Griega en la Universidad Complutense.

Tras la batalla de Queronea (338 a. C.) en la que Filipo II de Macedonia venció a una coalición de *póleis* griegas lideradas principalmente por Atenas y Tebas y, más tarde, con el arribo de Alejandro III, llamado Magno, al poder, paralelo al decaimiento de la reflexión política, se dio el surgimiento de tres escuelas filosóficas —cínica, epicúrea y estoica— que, fuera del sistema político tradicional, se lanzaron a la búsqueda de la *eudaimonía* (“la felicidad”) a través de virtudes clave: sabiduría, justicia, coraje y disciplina.

Dejando de lado el cinismo, que no prosperó especialmente por el sentido de desvergüenza implícito en la ejecución de sus prácticas, las otras dos doctrinas comenzaron a expandirse por Roma después de la batalla de Pidna (168 a. C.) en la que los romanos, al mando del cónsul Lucio Emilio Paulo, tras vencer a los macedonios, se apoderaron de la península helénica a la que, con

los años, convirtieron en provincia romana. Después de esos acontecimientos bélicos Grecia, poco a poco, fue conquistando culturalmente el mundo romano tal como Horacio, con hondo poder de síntesis, expresa en una de sus *Epístolas* (2, 1, 156): *Graecia capta ferum uictorem cepit* (“Grecia capturada capturó al feroz vencedor”). De ese modo, la escuela fundada por Zenón de Citio penetró en Roma, tuvo su *revival* en el Renacimiento, para adquirir luego nueva vigencia en el mundo moderno siendo hoy, junto con el epicureísmo, uno de los movimientos de mayor trascendencia filosófica, cultural y social de la tardía Antigüedad llegado hasta nosotros.

En el trabajo dedicado a “Séneca” Gomá traza una cuidada síntesis de la biografía del filósofo quien, desde su nacimiento en la lejana Córdoba, merced a su inteligencia, llegó a ocupar en Roma una posición privilegiada, ya como filósofo, dramaturgo, pensador de valía y educador del *Princeps* —catorce años junto a Nerón— por cuya orden, tiempo más tarde, debió perecer a causa de varias intrigas. Fue uno de los hombres más ricos de la capital imperial y Javier Gomá destaca, también, que fue el filósofo romano con mayor peso hasta Agustín de Hipona. Séneca marcó una impronta hispánica que hace que el senequismo sea visto, según entiende este estudioso apoyándose en María Zambrano, como “la entraña de una supuesta españolidad” (p. 11). Gomá sitúa al personaje en cuatro entornos: 1º el histórico (la familia Julio-Claudia) cifrado en el problema de la sucesión imperial; 2º el literario con la maduración de la lengua latina con Virgilio y Horacio a la cabeza; 3º el filosófico con la difusión del epicureísmo —vgr. Lucrecio o el círculo de Filodemo de Gadara en Herculano— y el estoicismo, con Panecio y Posidonio, aunque escribían en griego, destacando que será Cicerón quien volcará la doctrina estoica al latín; y 4º el entorno familiar: los Anneo, procedentes de la Hispania romana.

Los años de exilio —siete en Córcega— permitieron la maduración del orador y filósofo; de esa experiencia son sus *Consolationes* en las que hace gala de la práctica de la virtud, así pues, enseña a “desindividualizarse y despersonalizarse”. Sobre esta cuestión Gomá, con claridad, sintetiza:

El ideal es ser sabio, tener sabiduría. La sabiduría se adquiere a través de la filosofía. La filosofía es la razón que enseña a practicar la virtud. La virtud es el bien supremo, el único bien, el bien absoluto, mientras que todo aquello que no es la virtud recibe la calificación de indiferente (en griego *adiáphora*) (p. 30).

Añade el especialista que, para ser sabio, “es necesario distinguir entre los bienes de fortuna personales y los impersonales. Esta distinción es mía, no de Séneca ni de su escuela” (p. 31). De los numerosos consejos que ofrece, subraya la diferencia entre un tirano y un rey virtuoso para lo cual entiende que “un rey del mundo debe ser antes rey de sí mismo” (p. 45); nace de ahí la

contradicción entre el Séneca político, aliado a un tirano criminal, y el Séneca filósofo que aboga por una ética sublime. El vínculo afectuoso Séneca-Nerón comenzó a resquebrajarse a partir de intrigas palaciegas, lo que implicó el retiro del sabio del mundo cortesano, hasta su trágico final. Gomá pone especial énfasis en privilegiar las *Epístolas a Lucilio*, “obra maestra absoluta”, de las que destaca la profundidad de su pensamiento. Advierte en ellas la invención del ensayo, adelantándose a Montaigne en muchos siglos. En una de esas misivas (la 95), en oposición al triste adagio *homo homini lupus*, el filósofo proclama *homo res sacra homini* (“El hombre es sagrado para el hombre”), para rematarlo con aquello de que “el alma es un dios que se hospeda en el cuerpo humano” (*Ep.*, 31) y como la divinidad no muere, “luego el alma tampoco” (p. 63). Sucinta pero esencial es la referencia al suicidio del filósofo en respuesta a la orden imperial (pp. 64-71). Como “Anexo” Javier Gomá incorpora un agudo juicio de Marcelino Menéndez y Pelayo sobre este filósofo estoico.

En cuanto al trabajo sobre “Epicteto”, su autor, el helenista Carlos García Gual, significativamente coloca como epígrafe una afirmación atribuida a dicho filósofo: “Inquietan a los humanos no los hechos, sino sus opiniones sobre los hechos”, frase que el estudioso transcribe en griego transliterándola a nuestra grafía. He ahí la clave del pensamiento de Epicteto de cuya humilde vida solo conocemos pocos datos. Nació en el siglo I de nuestra era en Hierápolis, ciudad frigia situada en la actual Turquía, y a diferencia de los otros dos pensadores analizados en esta obra, habría carecido de prestigio social. Se trataba de un esclavo manumitido tal como parece evidenciarlo el nombre Epicteto que significa “adquirido, comprado”. Fue un pensador ágrafo, al igual que Sócrates, ya que no se ocupó en dejar por escrito su doctrina, la que conocemos gracias a su discípulo Arriano de Nicomedia, un general romano aficionado a las enseñanzas de este filósofo que, como un nuevo Jenofonte, conservó los pensamientos de su maestro: discursos breves, vigorosos, coloquiales, tan simples como sustanciales. Sus *Disertaciones*, llamadas también *Pláticas* o *Conversaciones*, son charlas distendidas con sus seguidores, vertidas con cierta cuota de humor. Tras la estela del pensamiento del fundador de la escuela, Epicteto “vino a proponer un nuevo y claro camino a la felicidad individual” (p. 81).

Para situar sus ideas en el marco de la doctrina estoica García Gual, con lucidez, sintetiza los tres períodos del estoicismo, deteniéndose en el último, el estoicismo de época imperial, con Séneca, Musonio Rufo, Epicteto y, finalmente, Marco Aurelio. Esta etapa ha sido denominada “estoicismo romano” por su localización geográfica y no por la lengua ya que los cultores de la filosofía del Pórtico, como era frecuente en la época, se valían del griego. Estos pensadores no pretendieron ofrecer una doctrina sistemática, sino consejos

y reflexiones de carácter ético orientados al logro de la paz interior. Esta se alcanza mediante la autosuficiencia, con ella es posible alcanzar la ataraxia, es decir, la imperturbabilidad frente al inevitable desarrollo de los acontecimientos que no deben afectar la *tranquillitas animi* de los seres humanos. Se trata, en esencia, de consejos, tal como se desprende, por ejemplo, del título de la obra de Marco Aurelio *Para sí mismo*.

Carlos García Gual subraya que el estoicismo, bajo el influjo del imperio de Alejandro, formuló la idea de humanidad como un concepto básico de la ética social, ya que “todos los hombres (la distinción entre griegos y bárbaros no radica en la naturaleza, sino más bien es una convención usual) están emparentados íntimamente por la razón que habita en ellos, por el Logos, y, por consiguiente, son hermanos, puesto que son hijos de la razón universal que domina en todas las cosas” (p. 82), de ahí que sea un ser destinado a una vida en común, siendo, por tanto, un *zoon koinonikón*. El estudioso pone énfasis en que el concepto de humanidad formulado en la nueva Estoa con Epicteto, y más aún con Marco Aurelio “ofrece una nota marcadamente religiosa” (p. 82) deudora, acaso, de las ideas de Cleantes vertidas en el *Himno a Zeus*. Tras la crisis del helenismo y con ella de la *pólis*, los estoicos hallaron una nueva patria en el Cosmos y en el Logos, sostiene con razón García Gual.

Para ilustrar sobre aspectos de la doctrina de este pensador, el especialista echa mano de algunos comentarios críticos, como los de Jean Brun (*Le stoïcisme*, 1958), Pierre Hadot (*La Citadelle intérieure. Introduction aux Pensées de Marc Aurèle*, 1997) y Constant Martha (*Les moralistes sous l'Empire romain*, 1885).

Carlos García Gual, siguiendo a Anthony Long (*La filosofía helenística*, 1977), subraya que la línea ascética de Epicteto “recuerda la predicada y practicada por los cínicos” (p. 96), lo que contrasta con la de casi todos los estoicos. Tras referir algunas sentencias de Epicteto, cierra su parecer sobre este filósofo remitiendo a aquella sentencia, hoy famosa, consignada en el epígrafe de este trabajo: “Inquietan a los humanos no los hechos, sino sus opiniones sobre los hechos”, palabras que semánticamente García Gual desmenuza en su texto original. Este helenista remite también a una reflexión de notoria actualidad: que los estoicos, hace ya más de dos milenios, establecieron la idea de que el hombre, además de ser esclavizado físicamente, es posible también que sea esclavizado en el plano psicológico.

El apartado referido a “Marco Aurelio”, obra del helenista David Hernández de la Fuente, consta de tres partes: en la primera el estudioso esboza un perfil biográfico de este *prudentissimus princeps*; en la segunda sintetiza la filosofía práctica que este esbozó para un mundo en plena crisis transformadora; la tercera se centra en las *Meditaciones*, obra clave que condensa la esencia de su pensamiento filosófico.

En cuanto a lo biográfico Hernández de la Fuente comienza por aludir al sueño referido por la *Historia Augusta* (5, 1-5), que en febrero del 138 experimentó el joven Marco Annio Vero en el que se le profetizaba que Adriano, luego de ceder temporalmente el trono a Antonino Pío, lo había designado su sucesor. Con tal motivo el joven debió trasladarse, contra su deseo, a la casa real adoptando el nombre de Aurelio, en lugar de Annio; destaco que Adriano le añadió el apelativo *Verissimus* (“el muy veraz”). Y cuando le preguntaron el porqué de esa actitud no grata, respondió que debía asumir “los males que el poder imperial lleva consigo” (*ib.*) con lo que, ya de joven, manifestaba inclinación estoica vinculada con la búsqueda de la ataraxia en pro del logro de la *eudaimonia* (“felicidad”), dicha anécdota es también referida por Dion Casio en su *Historia romana*. Esta circunstancia da cuenta de una personalidad volcada hacia su interioridad, culta y refinada, la misma que caracterizó a sobresalientes figuras de la Bética como Séneca, Trajano o el citado Adriano. A la muerte de Antonino, en el 161, asume el poder haciendo “realidad la utopía platónica del filósofo en el poder” (p. 117), mostrándose como *optimus princeps*. Educado con severidad en ideas estoicas y, pese a pertenecer a la élite, “quiso pasar una ascesis física y filosófica” (p. 125), lo que se transparenta en sus *Meditaciones*. En ellas sobresale por la humildad y sencillez de su vivir, lamentando no poder dedicarse más profundamente a la filosofía debiendo, en cambio, partir en campaña contra los bárbaros, así, por ejemplo, para sofocar el levantamiento en Panonia, por lo que, día a día, cada vez se le hace más pesado el ejercicio del poder. En medio de los impostergables compromisos de su cargo, llora desconsoladamente la pérdida de Faustina la Menor, su esposa, muerta en Capadocia. Tras la edad dorada de su reinado vendrá el gobierno de su hijo Cómodo con quien se iniciará la decadencia del imperio, como acertadamente calificó Edward Gibbon en los volúmenes de su monumental *Historia de la decadencia y caída del imperio romano*. Para la sucinta enumeración de esos datos biográficos, además de los trabajos clásicos de los historiadores de la Antigüedad, Hernández de la Fuente atiende a los modernos ensayos biográficos de Anthony Birley y Pierre Grimal.

En la segunda sección el autor remite a una suerte de filosofía práctica que entiende es clave en un mundo en pleno proceso transformador que, si bien tuvo éxito durante su reinado, sin proponérselo abrió la puerta a la barbarie al legar el reino a su hijo Cómodo. Marco Aurelio advierte un mundo inestable donde parece imperar la vanidad de todo, lo que exige huir de las turbulencias externas refugiándose en el interior de la persona. En su propósito iluminador progresa respecto del estoicismo clásico, ya que “para la Estoa antigua, había una cosmópolis en la que uno era una pieza más del gran fresco gobernado por la razón mediante el destino y la providencia” (pp. 141-142); en cambio, en sus *Meditaciones* “se puede marcar la diferencia si se cumple de forma

serena, adecuada y con responsabilidad la labor que le ha tocado a cada uno” (p. 142), he ahí la misión del ser humano.

En la tercera sección, Hernández de la Fuente resume las ideas clave de las *Meditaciones*, obra que considera “el libro de oro para sí mismo y para nosotros”. Se trata de notas personales escritas en su mayor parte en la frontera de Panonia, en medio de una larga campaña. En ella el estudioso nota “una suerte de diálogo protagonizado por una conciencia bicameral que anticipa otras voces” (p. 149). Estas *Meditaciones*, conocidas como *A sí mismo* —en griego *Eis heautón*— casi olvidadas durante la Alta Edad Media, por azar, se conservaron completas en un manuscrito griego, el número 1950 de la Biblioteca Vaticana. Se trata de una obra no pensada para su publicación, sino meras reflexiones acerca de cómo actuar, el autor se esfuerza por escuchar la voz del logos para evitar que el sabio sea arrastrado cual marioneta “por los juicios y las pasiones o impulsos” (p. 152), orientando su obrar a un recogimiento dirigido a seguir el dictado del logos. Por último, el helenista ofrece una prolija síntesis del pensamiento de Marco Aurelio a lo largo de los siglos para dar cuenta de su auténtico legado en el mundo de hoy. En tal sentido recurre a ideas de Pierre Hadot cuando este filósofo señala que, si bien este emperador sabio se habla a sí mismo, “tenemos la impresión de que se dirige a cada uno de nosotros” (p. 158), constituyendo su obra una suerte de *meleté thanátou* (“preparación para la muerte”). Con dichas *Meditaciones* este *princeps* nos legó el que quizá sea “el mejor testamento filosófico” (p. 163) de la Antigüedad.

Con *El estoicismo romano. Séneca, Epicteto, Marco Aurelio*, estamos ante un volumen concebido con riguroso sentido didáctico; obra si bien sintética, sustancial, enriquecida con selecta información bibliográfica.

## BIBLIOGRAFÍA

- BRUN, Jean, *Le stoïcisme*, Paris, Presses Universitaires de France, 1958.  
 HADOT, Pierre, *La Citadelle intérieure. Introduction aux Pensées de Marc Aurèle*, Paris, Librairie Arthème Fayard, 1997.  
 LONG, Anthony A., *La filosofía helenística*, trad. P. Jordán de Urries, Madrid, Alianza, 1977.  
 MARTHA, Constant, *Les moralistes sous l'Empire romain*, Paris, Hachette, 1885.

\* \* \*

HUGO FRANCISCO BAUZÁ es doctor en Letras por la Universidad Nacional de La Plata, Argentina, y docteur por la Université de Paris IV-Sorbonne. Perfeccionó sus estudios sobre Filología clásica en las universidades de Roma y en la de Paris-Sorbonne. Es Profesor titular consulto en la Facultad de Filosofía y Letras de la

Universidad de Buenos Aires, donde ha impartido la materia de Lengua y Cultura Latinas por cuatro décadas. Ha sido Profesor visitante en varias universidades europeas y conferencista, entre otros ámbitos, en el Dartmouth College (USA) y en la Scuola Normale Superiore di Pisa (Italia). Es miembro titular de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires. Tradujo a Virgilio, Propertio, Terencio, Tibulo y el *Corpus Tibullianum*. Es autor de más de un centenar de artículos en revistas especializadas y de una veintena de volúmenes sobre el mundo grecolatino, entre ellos destacan *Voces y visiones. Poesía y representación en el mundo antiguo* (con varias ediciones y traducido al francés), *Sortilegios de la memoria y el olvido* (Akal) y *Miradas sobre el suicidio* (Fondo de Cultura Económica). Con los años orientó sus investigaciones al campo de los estudios del “imaginaire”, en la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires; dirige el Centro de Estudios del Imaginario (CEI), sus investigaciones están orientadas al ámbito de la Antigüedad clásica.